

«El triunfo de la República es un hecho que nadie puede arrancar de la Historia. Correrá la sangre mexicana por las calles de vuestras ciudades: el fuego, la destrucción y la muerte serán otra vez el espectáculo de algunos días: la orfandad de muchas familias y la ruina de otras, el único resultado de la incalificable tenacidad de los Márquez, Miramón y Lares; pero la voluntad de Dios será cumplida, y México independiente y libre.

«Mexicanos: los ciudadanos que se agrupan bajo las banderas del Ejército de Oriente, continuarán su marcha con la inquebrantable resolución de que han dado pruebas en repetidos combates y en largas y penosas campañas. Muy pronto estrecharémos la mano á nuestros hermanos del Norte, de Occidente y del Centro y con su poderosa cooperación quedará consumado el triunfo que no pudiéramos alcanzar por nuestros solos esfuerzos.

«Mexicanos, los que os habeis extraviado. La República es bastante grande y poderosa para ser magnánima. Nadie piensa en inundar el suelo con raudales de vuestra sangre: el Soberano Congreso y el Gobierno Supremo, á quien ha sido relegada la representación nacional, atesoran los más santos deseos para mitigar los rigores de la ley en favor de la generalidad de los desgraciados.

«Los pueblos de todos los Estados sublevados contra la dominación extranjera, forman numerosos é irresistibles ejércitos que encerrarán á sus enemigos en un círculo de fuego: y ¡ay de los que tengan la desgracia de haber provocado nuestras iras! La Nación traicionada se hará entonces justicia, y sólo Dios sabe sobre cuántos caerá su justa indignación.

«La Constitución de 1857, y el Gobierno Supremo que de ella emana, serán reconocidos en toda la extensión del territorio nacional; el pueblo será llamado á elegir á sus mandatarios y á decidir de la suerte de los que olvidaron sus deberes de mexicanos; y cumpliendo nuestros votos y satisfechos nuestros deseos; sólo pediremos en recompensa el pleno goce de los fueros constitucionales que hemos ayudado á reconquistar.

«Cuartel general en Huamantla, Marzo 1º de 1867.—*Porfirio Díaz.*»

Se acercaba ya la hora suprema para la suerte de la República; el General Díaz, después de la proclama que acabamos de conocer, movió su cuerpo de Ejército hacia la ciudad codiciada; hacia la sultana de Oriente que con orgullo ostentaba el título de invicta: la plaza que resistió 62 días el fuego del invasor, y que el 5 de Mayo fué invencible; que en Santa Inés, San Javier y El Pitiminí,

hizo retroceder avergonzado al ejército invasor; esa plaza renombrada en la guerra y heroica muchas veces, iba á sucumbir por primera vez, no al hambre y á la miseria, sino al valor, á la astucia y á la energía de un génio batallador.

Voy á ceder la palabra á un historiador concienzudo que pinta con vívidos colores la gigantesca lucha sostenida frente á los muros de Puebla, en los momentos angustiosos en que el enemigo se presentaba á retaguardia á auxiliar la plaza sitiada: la descripción es completa, y liga con mano maestra dos acontecimientos inmortales en nuestros patrióticos recuerdos: lo siguiente lo copio de la obra del General Escudero, "Apuntes históricos del General Porfirio Díaz," y de la obra, "México á través de los Siglos."

Léase con atención:

"Por fin, en el mismo mes de Marzo, el Ejército de Oriente descendió al Valle de Puebla, llegando frente á esta ciudad el día 8: al siguiente día, el General Díaz establecía su cuartel general en el Cerro de San Juan, en el mismo campamento donde había tenido el suyo Forey, durante el sitio que tanta gloria dió al Ejército mexicano.

"Pero el General Díaz, á la vez que hacía esta campaña, vigilaba activamente la capital, mandando hasta Chalco una brigada de caballería. Disponía también que se le incorporaran las fuerzas de Guerrero que habían ocupado á Cuernavaca. Y á pesar del inmenso trabajo que tenía que emprender en la dirección de la guerra, atendía á todos los servicios administrativos del inmenso territorio que estaba bajo su mando, y arbitraba los recursos necesarios para sus tropas, y para los gastos que exigían las operaciones militares.

"El General en Jefe del Ejército de Oriente comprendía bien que con menos de tres mil hombres, que en aquellos momentos tenía, no podía sitiar y tomar una plaza guarnecida por un número igual ó mayor de soldados, y tan perfectamente surtida de municiones, armas, víveres y todo género de elementos.

"Puebla contaba con una formidable línea de trincheras y baluartes erizados de artillería. Aquella ciudad, desde la ocupación francesa, se había convertido por el llamado imperio y por Bazaine en un verdadero almacén de guerra imperial: y el Jefe francés, al re-

tirarse el ejército invasor, había acopiado allí una gran cantidad de cañones y fusiles con las municiones respectivas en exceso, así como también el equipo bastante para que Maximiliano pudiera levantar un cuerpo de ejército.

“Porfirio quiso desde el primer día obligar á los imperiales á salir de la ciudad fortificada, para darles una batalla en campo raso, donde estaba seguro de vencerlos. En tal virtud, tendió sus fuerzas en batalla, el día 8 de Marzo al pié del Cerro de San Juan.

“Pero los imperialistas no aceptaron el reto y permanecieron encerrados tras de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Entonces el General en Jefe republicano, se decidió á ir á buscar al enemigo al centro de la plaza, comenzando las operaciones de un asedio que parecía insensato, contra una ciudad protegida por una artillería superior á la de los republicanos en número y calibre, defendida por mayor número de fuerzas, y tan bien dotada como dijimos ya, de infinitos pertrechos de guerra y víveres.

“La noticia de este asedio llegó á Bazaine, que en esos momentos embarcaba en Veracruz los últimos batallones franceses que se habían retirado de Orizaba y Córdoba: y al saber la intentona del General Díaz no pudo menos que asombrarse, asegurando que el caudillo de Oriente se estrellaría ante una ciudad tan perfectamente atrincherada y abastecida, y que él, Bazaine, la defendería con la mitad de la guarnición con que contaba.

“Esta vez también se equivocaba el Mariscal, ya porque no contaba con el genio militar y audacia del General Díaz, ya porque olvidaba que de nada sirve la fuerza material á los gobiernos que agonizan, agoviados por la opinión pública.

“En esos momentos surgía un incidente que más tarde había de significar un obstáculo grave que encontraría el General Díaz en su camino.

“Nos referimos á la rápida venida de Márquez, que al frente de numerosa caballería se había separado de Maximiliano, dirigiéndose á la capital. Es que ese Jefe, viejo reaccionario, al saber que marchaban violentamente sobre Querétaro las fuerzas republicanas del Sur y del Poniente, no quería quedar encerrado en la ciudad donde había dejado al príncipe austriaco abandonado á su mala suerte. Y prestando venir á organizar en México un ejército auxiliar para ir á salvar á su emperador, logró escaparse de Querétaro, aunque revestido con el carácter de Lugar-teniente del imperio.

“Márquez, en efecto, llegó á México, y rápidamente comenzó á levantar fuerzas y se arbitró de cuantos recursos le fué posible, recurriendo á todo género de violencias contra los ricos y los propietarios. Así llegó á levantar cerca de diez mil hombres, entre los cuales se contaban la legión extranjera, los cuerpos austriacos y los mejores batallones del ejército imperial.

“Para concluir con esta reseña general de los hechos que se con-

sumaban en el país, diremos, por último, que Bazaine con las últimas tropas de la intervención, se había embarcado el 12 de Marzo, alejándose entre las brumas del mar la escuadra que cinco años antes había llegado á nuestras playas llena de altivez.

“Porfirio, entre tanto, continuaba la empresa temeraria de sitiar á Puebla, que había resistido por tanto tiempo á treinta mil franceses, á pesar de que entonces los republicanos carecían de la artillería y de los elementos que tenía en 1867 la guarnición imperial.

“Día á día el caudillo hacía prodigios de valor y de una infatigable actividad, recorriendo su línea incesantemente, multiplicándose en los lugares donde era mayor el peligro, dirigiendo los ataques parciales sobre los puntos que iba asaltando, é inspirando á sus tropas brío y confianza en el éxito de aquella operación tan audaz.

“Apenas tomaba algunas horas de descanso en su campamento del Cerro de San Juan, donde tenía que consagrarse al despacho de los negocios administrativos de los diez Estados que estaban bajo su mando.

“En aquellos momentos, y durante las primeras operaciones del sitio, el General en Jefe del Ejército de Oriente recibió órdenes terminantes del Gobierno General, para que mandara fuerzas al sitio de Querétaro, donde, según el gabinete del Sr. Juárez, estaba la clave de la situación. Es que el Presidente, tan alejado del campo de los sucesos, ignoraba que si Márquez hubiera podido volver en auxilio de Querétaro con un cuerpo de ejército tan respetable, quizá hubiera cambiado la faz de la situación, y la lucha se había prolongado más.

“Sea lo que fuere, el General Díaz ni siquiera discutió las órdenes que se le daban, y mandó á Querétaro las fuerzas del segundo Distrito del Estado de México y una brigada de Puebla á las órdenes del General D. Juan N. Méndez. Dispuso además que Riva Palacio, que estaba en Toluca, se uniera á esta División con las fuerzas del primer Distrito.

“Afortunadamente, días después se le incorporó la División del Sur; y ni por un momento suspendió el General Díaz sus operaciones, atacando día á día un nuevo punto de los que ocupaban los imperialistas.

“Así logró que Carrión tomara la Penitenciaría y San Javier, á costa de muchas pérdidas, y á pesar de la defensa desesperada de la guarnición.

“Los combates eran diarios, continuos, á la luz del sol, y bajo las sombras de la noche: las tropas del imperio recibían nuestras columnas con un fuego nutridísimo, utilizando su magnífica artillería: y sin embargo, el General Díaz entre un torbellino de metralla, hizo ocupar los puntos de Santiago y el molino de Huitzotitla, para hostilizar mejor el Carmen, que se defendía con desesperación.

“A la vez, por el Poniente y el Sureste, las columnas republica-

nas se establecían en la Alameda, la Capilla de Guadalupe, el Parral y los baños de Carreto, cercando así las intomables fortificaciones de Belem.

“El General Díaz había logrado situar una pieza de artillería sobre los hornos de Múgica, rellenando éstos previamente con escombros; y así dominó las fortificaciones del lado occidental de la plaza que los imperialistas habían reforzado, recordando sin duda los episodios del sitio anterior de Puebla.

“En aquellos ataques la sangre corría á torrentes, sobre todo en la toma del cuartel de San Márcos y el Hospicio, donde fué gravemente herido el General Manuel González.

“Mas tarde fué asaltado y ocupado el Convento de la Merced, á la vez que tenía lugar un combate épico, terrible, en el Circo de Chiarini, incendiado durante la lucha, y donde Porfirio, en medio de una granizada de balas, con el vestido acribillado, el rostro enegrecido por el humo, escapando como por milagro entre las llamas del incendio y entre los escombros que se desplomaban sobre él, alentaba á sus tropas y las hacía avanzar invencibles, supliendo su escasez con su estrategia y su actividad.

“Al concluir Marzo, dice un testigo presencial, los republicanos habían avanzado en unos cuantos días, más que los franceses en dos meses, durante el sitio de 1863.

“El 30 de Marzo se disputaban los republicanos y los imperialistas la manzana Sur con encarnizamiento y desesperación, cuando estalló un incendio en los baños de Carreto.

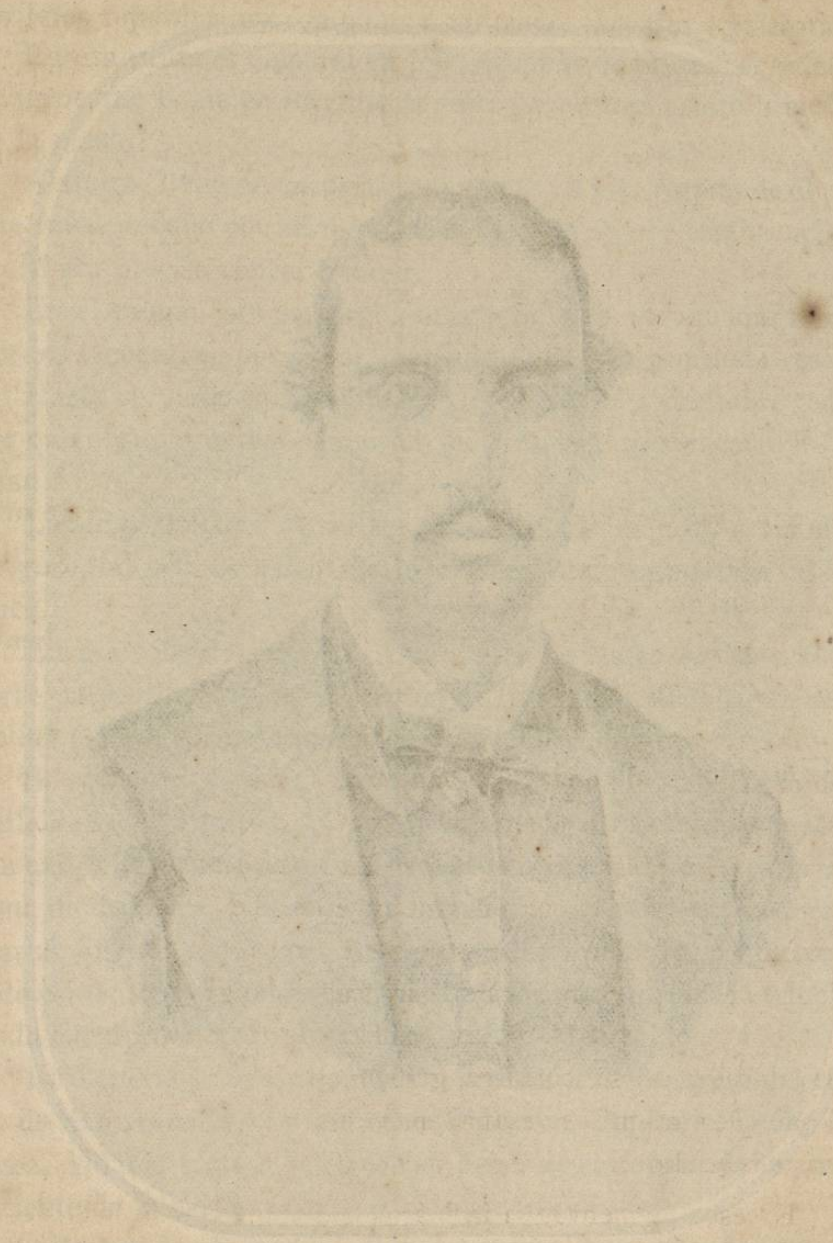
“Las llamas levantaban sus inmensas lenguas de fuego, devorándolo todo, las balas y las bombas llovían sobre los combatientes, hasta que los sitiadores, guiados por los Generales Díaz y Alatorre, que tranquilos desafiaban la muerte, alcanzaron el triunfo más espléndido.

“En esos momentos salía Márquez de México con más de cinco mil hombres, y un numeroso tren de artillería, á socorrer á Puebla. El Ejército de Oriente, mermado por un mes de combates diarios, iba á encontrarse entre dos ejércitos, muy superiores en número y en elementos para luchar. Sólo el génio militar de su Jefe podía salvarlo.

“Apenas se supo en el campo republicano la aproximación de Márquez con fuerzas tan numerosas, los Jefes vacilaron sobre la determinación que debía tomarse, porque era insensato continuar en aquella situación. Algunos opinaban por la retirada para salvar al Ejército de una derrota segura; pero eso era perder los triunfos alcanzados á costa de tanta sangre, y retardar indefinidamente el triunfo de la República.

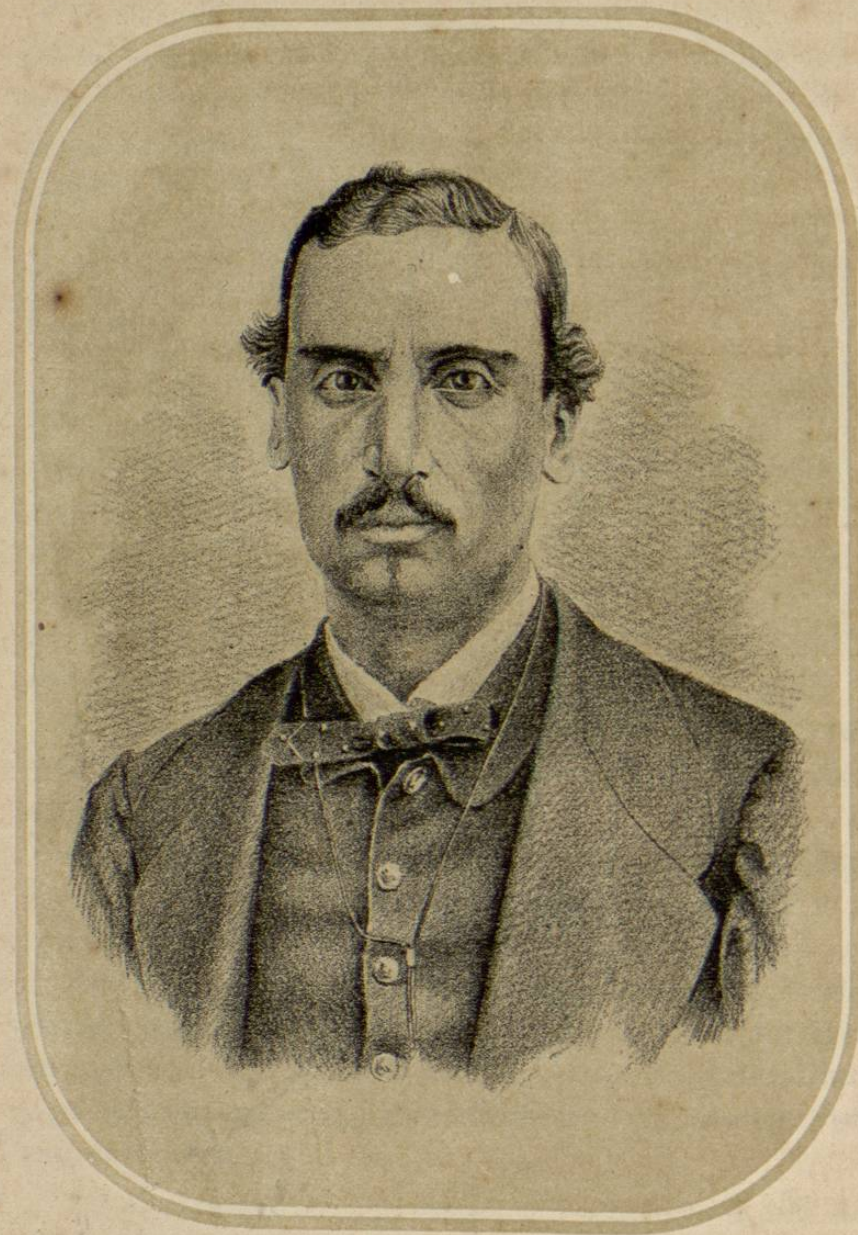
“Sólo el General en Jefe, impassible y sonriente, no parecía impresionado por aquella nueva.

“Es que durante la guerra de Reforma tantas veces había fusti-



GENERAL
MANUEL ANDRADE PARRA
1863-1867

BIBLIOTECA DEL EJÉRCITO DE ORIENTE



GENERAL
MANUEL ANDRADE PARRAGA
1863-1867.

gado con su espada la espalda del Lugar-teniente del imperio, que sólo podía despreciarlo.

“El General Díaz convocó una junta de guerra en la cual todos los Jefes republicanos compitieron en rasgos de valor y patriotismo.

“En esa junta el General en Jefe, después de presentar todos los peligros que había en levantar el sitio, propuso el asalto inmediato de la plaza.

“Alatorre, lleno de entusiasmo, se puso en pié, aceptando el plan, que fué aprobado por aclamación. Es que la suerte estaba echada, y allí era preciso vencer ó morir.

“En el campo, sin embargo, se ignoraba la resolución tomada por los Generales, por haber guardado éstos una profunda reserva.

“Hasta creyeron muchos que se levantaba el sitio, sobre todo al ver que algunos carros se movían colocándose tras el cerro de San Juan.

“Los imperialistas, al ver aquellos aprestos, no podían disimular su gozo, tal vez por haber sabido también la aproximación de Márquez.

“En la noche del día 1º de Abril, cerca de las 12, el General Alatorre, en Jefe de la primera División de Infantería, dictaba por acuerdo del General Díaz, las disposiciones necesarias.

“Se señaló al General Cravioto el asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla, al General Carrión el de las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y el de la brecha abierta en la manzana de Malpica: á Mier y Terán las de la calle de Miradores: á Carbó, que se posesionase del Noviciado, y á Carlos Pacheco, que sólo era entonces Comandante de Batallón, que tomase la trinchera de la Siempreviva.

“El General Juan C. Bonilla debía asaltar el parapeto del costado de San Agustín, en tanto que Figueroa, Andrade, León, Vázquez, Aldama y otros jefes debían hacer igual movimiento por el Oriente de la ciudad.

“Alatorre, con la reserva, debía ocurrir al punto donde fuera preciso el auxilio.

“Trece eran las principales columnas dispuestas para aquel ataque general, que tenía la insensatez del heroísmo.

“La noche se pasó en un silencio profundo, los sitiadores inmóviles en las sombras sin saber lo que iba á pasar, y los sitiados aguardando con exclusiva vigilancia, como si adivinasen el peligro.

“A las tres y media de la mañana del día 2, una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

“Era la señal del asalto.

“Al verla, los jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.